

**Recensión:**

*The Radical Luhmann* de Hans Georg Moeller. Nueva York: Columbia University Press, 2015.

**por Manuel Torres Cubeiro**

GCEIS – IES Campo San Alberto  
manueltorrescubeiro@gmail.com

Tras un primer libro sobre Niklas Luhmann (2005) el profesor irlandés Hans George Moeller publica en 2012 una introducción a la obra del sociólogo alemán con el título *The Radical Luhmann*. En la primera obra de 2005, titulada *Luhmann Explained: from souls to systems* (Illinois: Open Court Publishing) Moeller explicaba a Luhmann en inglés; dando un paso de por sí ya fundamental al introducir a este sociólogo al mundo. En su nueva obra de 2012, *The Radical Luhmann*, Moeller da un paso más: nos desvela las intenciones profundas de la sociología de sistemas de Luhmann al presentarla como un cuestionamiento radical del mundo contemporáneo en general y de la sociología como ciencia en particular. En la conclusión de la obra apunta dos elementos clave del pensamiento luhmaniano, su ironía, presente pero pocas veces señalada, y su modestia. Veamos como lo argumenta.

El libro comienza con una justificación de su título. Moeller argumenta que Luhmann propone una postura teórica radical. Esto es así porque Luhmann denuncia la tendencia moralizante de la mayor parte de los planteamientos de politólogos y sociólogos, lo cual convierte a Luhmann en radical para la sociología y politología al uso. Pero dado que para Luhmann en la sociedad global no existe la posibilidad de describirla como una totalidad, todo intento de ofrecer una visión total de la misma intentando dirigirla se fundamenta, según argumenta Moeller, en una ceguera teórica que Luhmann no se cansa de denunciar. Habermas, Weber, o los teóricos de la postmodernidad olvidan la complejidad inabarcable contemporánea, ofreciendo solo auto descripciones moralizantes, bien intencionadas en el mejor de los casos, o simplemente mero entretenimiento en competencia con el flujo de noticias de los medios de masas. Por eso, la obra de Luhmann, defiende Moeller, es radical: los planteamientos sociológicos al uso son equivalentes a las predicciones de los meteorólogos. Útiles para una conversación de ascensor, pero no científicos.

Luhmann es radical, además, sustenta Moeller, en un segundo sentido. Lejos de caer en planteamientos teóricos nostálgicos de ordenes sociales ordenados, o lejos de caer en sustitutos de la religiosidad, Luhmann construye una nueva perspectiva epistemológica constructivista, darwiniana y además ecológica. Perspectiva vista como radical desde el punto de vista

tradicional, pero modesta construcción desde la que observar seriamente las construcciones sociales contemporáneas.

En el cuerpo del libro Moeller argumenta que Luhmann ha sido considerado además radical, y por lo tanto mal interpretado, dentro de la sociología en general, pero todavía más aún en el mundo anglosajón. Radical porque protagonizado un cuarto insulto a los planteamientos clásicos al eliminar al hombre del centro de la sociedad y colocar en su lugar la comunicación (tras los insultos de Galileo, Marx y Freud). A este mal entendido en el mundo anglo parlante puede también haber contribuido el hecho, dice Moeller, de que sus obras sean mortalmente aburridas, tediosas; Moeller justifica esto, describiendo cómo Luhmann adopta el estilo académico de los años 60 en Alemania para ocultar su radicalismo. Según Moeller, como Marx hiciera con la izquierda hegeliana, Luhmann argumenta desde la izquierda conceptual de Habermas para introducirse como un caballo de Troya en el mundo académico.

Con esta base conceptual Luhmann, según Moeller, construye su radicalismo sobre cinco pilares: en primer lugar un anti humanismo (cap. III) y anti dualismo radicales; en segundo lugar, un ecologismo y un constructivismo también radicales; y finalmente, por defender un radicalismo también político. Veamos brevemente que quiere decir Moeller con cada uno de ellos.

El radical anti humanismo de Luhmann, dice Moeller (cap. III del libro), se constituye como el cuarto insulto al denegar que los seres humanos sean los elementos constitutivos de las sociedades. Dice Moeller: “los humanos están tan en control de la sociedad como lo están de su cerebro” (p. 23). Porque desde un punto de vista sociológico no se puede pretender delimitar lo que es la sociedad sobre la base de nuestros deseos, ideales o intenciones. Las utopías políticas o sociológicas son productos sociales, pero no pueden considerarse ciencia de la sociedad o ciencia del sistema político. Esas descripciones del propio sistema social no son científicas, sino que se fundamentan sobre las bases de los medios de comunicación de masas. No existen, dice Moeller, meta narrativas. Por ello la filosofía se ha visto desde hace tiempo reducida a comentarios de textos, y los filósofos se han transformado en meros expertos en los dichos o textos de otros (p. 48).

Luhmann soluciona también, argumenta Moeller (cap. V), el dualismo platónico defendiendo un anti dualismo radical. El dualismo proviene de una herencia semántica antigua. La semántica según Luhmann nace de cada sistema social. Platón generó el dualismo ontológico, epistemológico y ético en una sociedad ya hoy desaparecida. La sociedad actual está diferenciada funcionalmente, no sobre el centro o la periferia de un territorio como la sociedad griega clásica. Por lo tanto, la semántica generada para comprender la sociedad actual exige superar ese dualismo heredado. Luhmann, dice Moeller, define entonces el sistema social no sobre hombres materiales o ideales, sino sobre comunicaciones (p. 59). Así, según Moeller, no hay dualismo, sino diferencias en la observación, tipos de observaciones diferentes donde cada una

prescribe su ética (p. 67). Observaciones en competición dentro de la sociedad, sin el privilegio de ninguna sobre las otras.

El tercer radicalismo de Luhmann (cap. VI) es ecológico. Luhmann aplica la teoría de la evolución darwinista a la sociedad. Los planteamientos habituales en sociología son, según Moeller, secularizaciones del cristianismo, no planteamientos científicos. Sobre la base de la diferencia sistema / entorno, Luhmann introduce la no intencionalidad como elemento constitutivo de la evolución y cambio social. Los sistemas sociales aparecen en la evolución para aumentar la escasa probabilidad de la persistencia de los grupos humanos. Con la repetición y la semántica comunicativa las sociedades aumentan la probabilidad de persistencia en el tiempo de los grupos humanos, pero esto introduce Luhmann la doble contingencia social (p. 77). Pero que la sociedad nazca para hacer perdurar los grupos no implica que sea siempre efectiva. De hecho, Luhmann asume el cambio o emergencia social como constitutivo de la propia sociedad.

Un cuarto radicalismo luhmaniano se encuentra en su constructivismo: para Luhmann la realidad es un efecto de la observación (p. 79) para crear sentido y así aumentar la probabilidad de persistencia. La radicalidad de la propuesta constructivista luhmaniana, señala Moeller (cap. VII), se encuentra sobre todo en que este constructivismo se fundamente en el concepto de diferencia. No existe construcción u observación privilegiada, solo observaciones observadas y generalizadas con más o menos éxito en el sistema social. La sociedad construye así la realidad sobre la generalización de diferencias.

Quizás el más radical de los planteamientos luhmanianos, y el que haya llevado sus obras a ser tan rechazadas y poco leídas, sea su radicalismo político, apunta finalmente Moeller (cap. VIII). Luhmann defiende que la democracia no es el término adecuado para describir los sistemas políticos contemporáneos. La democracia es una forma de ejercer el poder o de organizar las decisiones colectiva para hacerlas vinculantes. Denota, la democracia, una forma en la que es posible un cambio aparente sin que realmente cambie nada; al mismo tiempo que el término democracia apunta a un simbolismo con el que se colabora a que sistema cumpla su función (pp. 88–89). El radicalismo lleva a Luhmann a considerar con ironía que si la “verdadera” democracia sería algo insoportable para el propio sistema político, pues conllevaría contradictoriamente la caída de la democracia (p.101). Pero, como sistema, permite la estabilidad social (p.105). Para Luhmann, dice Moeller, es ingenuo sorprenderse de lo poco democrático del sistema democrático. Ingenuo por lo menos desde el punto de vista del científico social, no como comunicador o moralizante profesional de los medios de masas.

Moeller defiende en la conclusión que Luhmann es modesto. Principalmente frente a la nostalgia que muchos teóricos de la postmodernidad encierran. Pues el optimismo de la ilustración es sociológicamente cuestionable, pues es impensable que la ciencia pueda llegar a hacer lo que la filosofía ilustrada le pedía (p. 107). Por lo tanto el sentido del concepto

postmodernidad no es científico, sino nostálgico de un ideal de por sí inalcanzable. El conocimiento puede hacer funcionar mejor a la sociedad, pero no necesariamente mejora a la sociedad o a al individuo (p. 108). De ahí la modestia de Luhmann, afirma Moeller. A la modestia se une la ironía, repite Moeller en la conclusión de su obra. La ironía es la asunción extrema, del carácter contingente (no necesario) de todo. La verdadera ética, argumenta Moeller, es señalar el sentido y el sin sentido de la moralidad dado que son construcciones contingentes, destinadas por lo tanto a cambiar. Y no se pueden tomar nunca demasiado en serio.

El libro de Moeller nos ofrece por lo tanto una buena traducción de la densidad teórica luhmaniana para el público académico anglosajón. Para ello hace una simplificación inteligente y bien documentada del difícil teórico alemán. Puede que no sea suficiente para penetrar en las férreas barreras del mundo anglo parlante, pero nos ofrece una lúcida lectura primordial en sí misma del indispensable Luhmann, aún un desconocido en el ámbito castellano.

En conclusión, la radicalidad de Luhmann es quizás solo entendible desde la ironía irlandesa del autor del libro que comentamos, donde la literalidad de cualquier planteamiento se desvanece. Luhmann es, por lo tanto, similar al paisano semi-rural gallego que al ser interpelado con una pregunta en la que debe definirse, encuentra siempre una salida no comprometida. Suele atribuírsele el carácter de paleta. Lo que quizás no sepan quienes así lo pretenden insultar, es que la ironía del gallego, así como la del alemán y del irlandés, esconde la sabiduría modesta de quien no quiere desvelar la idiotez de su interlocutor. No vaya a ser que pueda tener razón, o poder.